

Cuenta que te cuento

Aninllu

Pingüi

www.dejamequetecuenta.es

Ilustraciones: Ana Isabel Hernández

Bubok Publishing S.L., 2013

1ª edición

Impreso en España / Printed in Spain

Editado por Bubok

Prólogo

Desde muy pequeños, nos gusta que nos cuenten cuentos. Las historias hacen que nuestra imaginación viaje y viva aventuras, tan dispares y divertidas como las que encontramos escondidas entre las páginas de los libros de una estantería.

Os invitamos a que curiosear las historias que se esconden a continuación... Esperemos que os hagan soñar, sentir, vivir, viajar e ir más allá de la realidad que nos rodea.

Índice

Casi una bruja	9
Diminuto	17
El lapicero orgulloso	25
El misterioso caso del tiempo perdido	35
El pájaro bobo	45
El paraguas de colores	55
El leyenda de Evaristo book	63
La niña que soñaba ser un hada	71
Sueños de mi niñez	79

Casi una bruja

Rosa Elena Aja López

-Casilda, ¿por qué no puedes ser como las demás brujitas del colegio?-, me decía siempre la maestra. -¡Debes vestir colores oscuros, usar tu sombrero de pico siempre, transportarte volando en escoba y dominar diferentes hechizos y pociones!- Me decía molesta. Yo siempre lo intentaba: había logrado dominar el uso de la escoba... bueno casi; mis vestidos de bruja habían pasado de colores alegres a negros o morados, aunque con algún parche de colores. Sólo que me quedaban un poco largos porque mi estatura era muy pequeña en comparación a mi edad. Además, el sombrero nunca estaba quieto en su lugar. Y de conjuros y pócimas mejor ni hablar. Cada vez que intentaba algo, el resultado era... no lo sé... sin querer cambiaba algún ingrediente o alguna

palabra mágica y acababa, como mínimo, haciendo volar algo o convirtiendo una mosca en una bella flor. Claro que como bruja no debería apreciar la belleza de las flores.

Todas las noches saliendo del colegio, me dirigía a casa en mi escoba. Como toda buena familia de brujas vivíamos en la torre de una oscura mansión abandonada. Al llegar a casa nos reuníamos mis hermanas y yo alrededor del caldero para ver a mamá y a la abuela hacer una nueva posición en la cual habían estado trabajando. La despensa siempre estaba llena con frascos de cristal que contenían lo indispensable para trabajar: Ancas de rana, moscas, arañas, agua estancada, hiervas apestosas, calderos de todos tamaños y, por supuesto, a un lado, colgadas sobre la pared, nuestras varitas mágicas. Una vez que terminaban con el hechizo, cada una de nosotras nos dirigíamos a nuestra habitación para repasar los conjuros aprendidos. Yo dormía en el ático; un cuarto pequeño, oscuro e irregular. Supongo que al ser la pequeña me dieron el último espacio que quedaba en la torre. Tenía una pequeña cama con

cabecera de latón antiguo, un escritorio de madera vieja decorada por telarañas y hoyitos de polillas y a un lado de la puerta un espejo estrellado de cuerpo completo.



Esa noche me paré frente al espejo y miré mi reflejo. Mi nariz cada día parecía crecer un poco más y tenía algún que otro lunar que intentaba

enfaticar con un maquillaje casero que había hecho con polvito de carbón de hueso de cabra. Arregle mi sombrero, subí un poco mi vestido y tome mi varita mágica, casi podía ver en mí a una bruja de verdad. Me sentía orgullosa de mí. -Está bien, Casilda. Estás lista para ser una gran bruja-, me dije. -Sólo te hace falta tu mascota como toda bruja mayor.- Las grandes brujas acostumbran tener una mascota, pues son las compañeras perfectas para llevar a cabo sus fechorías entre los mortales. Además son extensión de uno mismo pues exponen las grandes habilidades de una bruja. Por ejemplo, una que se distingue por volar sigilosa por las noches, tiene un murciélago. Las más inteligentes, prefieren los búhos. Otra tiene una serpiente. No era casualidad que fuera de las brujas más malas, pero hay una tan fea... que ¡Tiene una tarántula! Igualita a ella.

Casi todas, sin embargo, tienen gatos. Su carácter traicionero, independiente y celoso es como el de las brujas. Supongo entonces que, si quería ser bruja, debía tener un gato. ¡Y no cualquier gato! Debía ser negro como la noche, con grandes ojos

saltones para poder ver en la oscuridad y de carácter muy irritable. Jijiji. (No me sale muy bien la risa malvada).

Saqué mi libro de hechizos del morral, lo abrí en la página indicada y me dispuse a seguir al pie de la letra las instrucciones:

En un viejo caldero con moho hervir durante 6 horas una taza de roció de hojas de ortiga, un manojo de pelos de gato, esencia de ratón, solo la necesaria, uñas del dedo gordo del pie de un ogro, 10 ojos de araña frescos, bigotes de pantera y una pizca de polvos mágicos. Así lo hice y me fui a dormir, al día siguiente me acerque con cuidado al caldero para conocer a mi nueva mascota; no fuera a ser que este gato fuera muy agresivo. Vi con detenimiento lo que había dentro... era pequeñito y definitivamente no tenía intención de atacarme. ¿Será que esa bola de pelos podría ser un gato?, quizá no era completamente negro y hasta ahora no maullaba. ¡Oh no! esos enormes ojos que miraban con ternura eran de un cachorrito. ¿Qué diablos hice? Era un perrito más bien pardo, con simpáticas orejitas gachas y

manchitas blancas, quizá los pelos que agregue no eran de gato, la esencia de ratón no fue suficiente o el caldero estaba demasiado limpio. Ahora todo mundo se burlará de mí. Con un perro, nunca seré una bruja como las demás.

Pasaron los días mientras decidía qué hacer con mi nueva mascota. No salía del ático más que para buscar comida. Mis hermanas preguntaban qué pasaba conmigo pues oían gruñidos y ruidos raros venir de arriba. Yo les decía que sólo eran mis tripas cuando tenía hambre y que tenía una rara enfermedad muy contagiosa. Nadie me creía.

Un día, mientras bajé por comida, una de mis hermanas se escabullo dentro de mi cuarto y descubrió mi secreto. Mi perrito Punchis salió corriendo a su encuentro moviendo amistosamente su colita. ¡La que se armó! Mi mamá y mi abuela subieron corriendo la torre mientras mi hermana señalaba con desprecio al perrito. Los siguientes momentos fueron una pesadilla. Mientras mi mamá y abuela lloraban decepcionadas, mis hermanas gritaban todas a la vez sin que pudiera entender lo que decían.

En ese momento supe que el perrito no era bienvenido y debía deshacerme de él... o huir con él. No lo pensé mucho. A la mañana siguiente muy temprano, tomé mi varita, mi sombrero, mi escoba, mi caldero, un par de vestidos y a mi perrito. Me adentré en el bosque mientras pensaba qué sería de mí y mi nueva mascota. El bosque empezó a tornarse más verde y había muchas más flores que cerca de la vieja casa. De alguna forma me sentía más a gusto. En ese momento, me encontré con un grupo de hadas que jugaban alegremente, mientras pintaban de diferentes



colores las flores. Mientras las observaba con atención, me di cuenta que Punchis había desaparecido. Voltee rápidamente la mirada para buscarlo y ahí estaba... a unos cuantos metros de mí jugando con otro grupo de hadas. De pronto me vi rodeada de hadas que me sonreían y me recibían como una de ellas, pues al parecer yo tenía más de hada que de bruja.

Mi perrito rápidamente se adaptó a mi nueva vida, le enseñé algunos trucos que había aprendido espiando a los humanos. Me hacía mucha compañía y por primera vez me sentía especial. Gracias a él me di cuenta que tal vez no sería una bruja como las demás. Sería una bruja a mi manera. Trataría de embellecer el mundo y ayudar a los demás, eso me haría ser ¡una buena bruja! ...o quizá, más bien, un hada.

FIN

Diminuto

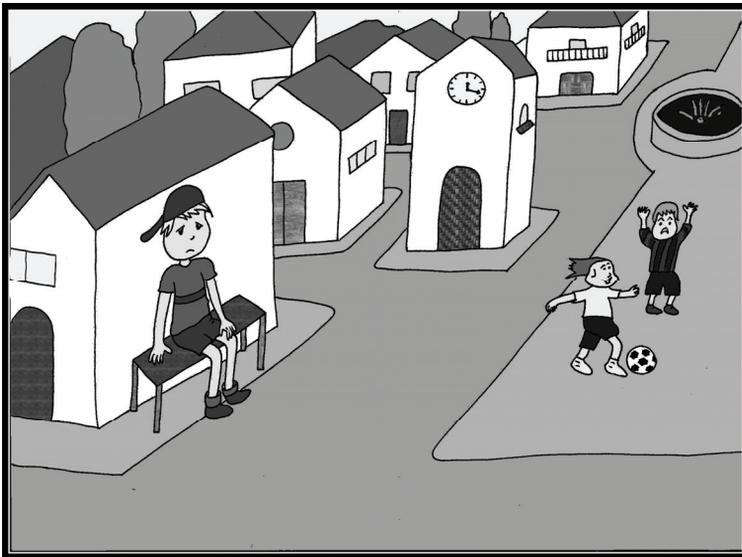
Marta Vázquez Gómez

Era un pueblo pequeñito, con unas casas pequeñas, unas callejuelas pequeñas y unos habitantes pequeñitos, todos, menos uno: Diminuto.

El pueblo estaba lejos, muy lejos de otros pueblos y ciudades, que desde allí, también parecían pequeñitos. Aunque la verdad es que nadie había salido a comprobarlo.

Todos los niños jugaban en la plaza más grande del pueblo a hacer caminitos con piedras. Los días de sol, bajaban al río y buscaban peces de colores. Les encantaba jugar al escondite por las callejuelas, y cuando alguien estaba de cumpleaños, todos juntos adornaban el pueblo y celebraban el gran festín. Todos menos uno: Diminuto.

Diminuto era un niño que siempre estaba triston, siempre sentado en un banquito que había detrás de su casa. No era un niño como los demás, por eso estaba triste, era más grande que ellos y todo se le quedaba algo pequeño.



Todos los martes los habitantes del pueblo merendaban a la sombra de su árbol más grande. Aquel Martes era algo más especial que los demás

días que se llamaban Martes, debían de hablar de algo serio, muy serio, algo que les preocupaba desde hacía algún tiempo: querían que Diminuto dejara de estar triste. Después de pensar y pensar, cada uno tuvo una brillante idea:

Yo le haré una cama más grande, para que no se le salgan los pies por fuera- dijo la carpintera.

Haré chaquetas y pantalones nuevos, para que las mangas no le queden cortas y no tenga frío en invierno -dijo el sastre.

Yo haré una casa más alta, para que su cabeza no salga por la chimenea- dijo el albañil.

Pues yo...le haré las barras de pan más grandes que jamás habéis visto, así no tendrá que comerse diez barras pequeñitas para no tener hambre- dijo la panadera.

Todos se pusieron manos a la obra para conseguir que Diminuto fuese un niño tan alegre como los demás.

Pasaron días, semanas, meses... y hasta casi un año, pero Diminuto seguía triste, sentado en un banquito que había detrás de su casa.

Un día, los niños del pueblo se acercaron y le preguntaron:

Diminuto, siempre te vemos aquí, sentado y triste. ¿Qué más podemos hacer por ti?

Diminuto, con los ojos tristes contestó:

Creo, que me he equivocado de pueblo, aquí todo es pequeñito, mucho más pequeñito que yo.

No podían permitir que ningún habitante del pueblo perdiera su sonrisa, nadie debía dejar de ser feliz.

Los niños tramaron un plan y un Martes de esos en los que se reunían para merendar a la sombra de su árbol más grande, se lo explicaron a todo el pueblo. Querían que Diminuto fuese un niño

alegre, un niño como los demás, pero en aquel pueblo no lo conseguiría.

¡No podían perder más tiempo!

Entre todos construyeron un globo, el más grande que jamás habían visto. Un globo en el que Diminuto pudiera volar cerca de las nubes más altas, desde donde se pueden ver todos los pueblos que existen y encontrar uno en el que fuese un niño como los demás, un niño feliz.

Después de mucho trabajar...por fin llegó el gran día. Un martes, Diminuto partía rumbo a las nubes en busca de su destino. Estaba nervioso y le temblaba el cuerpo, pero en sus ojos ya se podía notar un poquito de felicidad.



Todos los habitantes del pueblo salieron a las callejuelas para despedirse y desearle un buen viaje: ¡Suerte en tu búsqueda y se feliz Diminuto! Le gritaban.

Pasaron días, semanas, meses... y hasta casi un año, cuando de repente... ¡Diminuto vio un pueblo!

No era un pueblo como los demás, ni pequeño, ni más pequeño todavía, ni mediano, era un pueblo gigante, un pueblo de su tamaño. Los ojos de Diminuto brillaron más que nunca.

Era el pueblo que siempre había soñado. Un lugar donde las callejuelas eran anchas, con las casas más altas que había visto jamás, las plazuelas eran tan grandes que casi no se veía la otra punta y los niños más pequeñitos eran como él.

Diminuto por fin había encontrado su lugar. Un lugar en donde jamás se volvió a sentar tristemente en el banquito que había detrás de su casa.

Por fin fue un niño feliz.

FIN

El lapicero orgullosa

Carmen Sabariego Romero

Esto que os voy a contar niños, niñas, mamás y papás, abuelitos y abuelitas, aunque parezca mentira, pasó en la clase de los niños de cinco años. Catalina, que así se llamaba la maestra, acababa de bajar las persianas y cerrar la puerta; La clase había terminado.

Cuando todo estaba silencioso y tranquilo de repente se oyeron unas vocecillas en el interior de la clase.

¡Ay, ay! dejadme salir! era el lápiz de color azul.

No empujéis. Decía el color verde.

¡Venga, venga! yo también quiero que me saquen punta. Reclamó el color rojo.

¡A mí, a mí primero! que los niños hoy han pintado muchos soles. Decía el color amarillo.

Sí, sí, pero siempre que pintan soles, también pintan el cielo y el mar, que son de color azul. Decía el color azul.

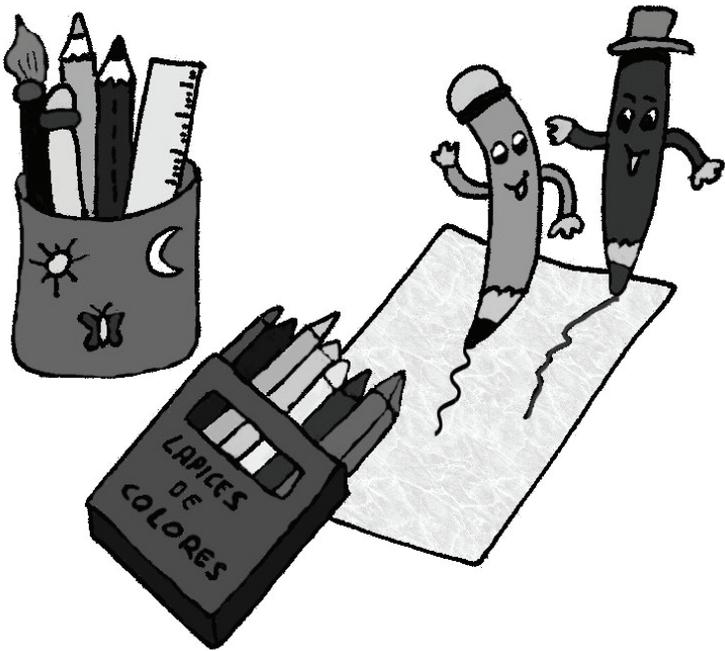
¡Venga, venga, daros prisa! que a mí, también me tienen que sacar punta, conmigo los niños pintan flores preciosas y vestidos muy divertidos de sus muñecos. También dijo el color rosa.

Pues conmigo, pintan apetitosas frutas, también pintan ropa muy alegre, y lo que es mejor, pintan algo tan poderoso como es el fuego, por lo tanto, yo también soy muy importante. Presumía de esta forma el color rojo.

Yo, yo sí que soy importante. Exclamó el color verde; conmigo, pintan la naturaleza..El campo.. La montaña.. Las plantas.. Los árboles.. Los prados.. Los bosques...

Pues a mí, también me utilizan para pintar cosas, -¡mmm! -por ejemplo... Los ojos de los muñecos y a veces el pelo. Se oyó la voz humilde del color negro.

¡Tranquilos! Tened paciencia;- Dijo el señor sacapuntas, intentando poner un poquito de orden. Os sacaré punta a todos, uno por uno, y mañana estaréis como nuevos.



¡Vivaaa!- Exclamaron aplaudiendo todos a la vez.

¡Patrañas! ¡Tonterías! Se oyó la voz gruñona e inconfundible del lapicero. Todos tenemos un fin, todos os pondréis viejos, y ningún niño querrá pintar con vosotros. Además; que si el cielo.. Que si la naturaleza..Que si las flores..Que si los vestidos.. Y encima el color negro me sale con lo de los ojos y el pelo.- --¡Pamplinas! - Yo soy el más importante y antiguo de todos. Yo soy, el que os hago los trazos, y el que los niños cogen para aprender a escribir su nombre.

Sí, pero creo que no te vendría mal que te sacara un poquito de punta, ya la tienes muy gastada. Le dijo de forma muy respetuosa la señora sacapuntas.

¡Cállate! Cajita de plástico insignificante. Tu a mi no me sacas nada. ¿Quién te crees que eres?.
¡Mira, mira! ¿ves como todavía sirvo?.

Y empezó a hacer trazos sobre una libreta.
¡Mujeres... puf!

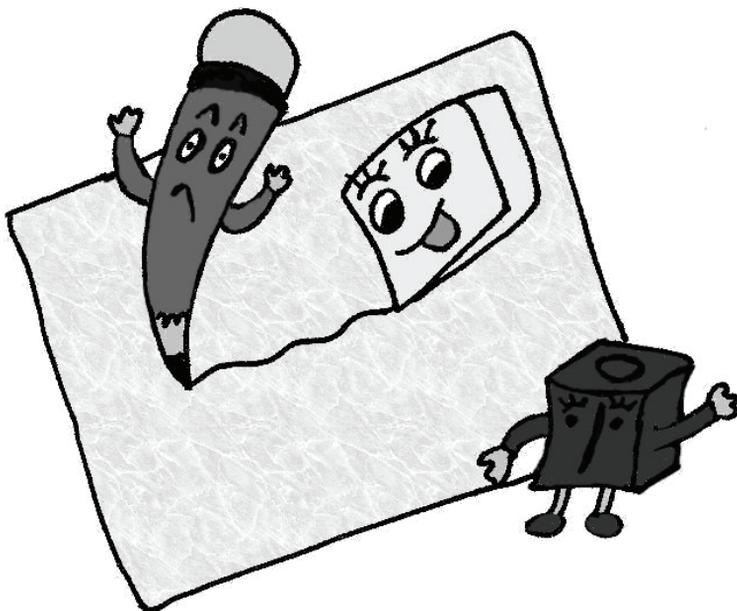
¡Oye! No seas tan arrogante. Salió de repente muy furiosa la goma de borrar al oír como trataba a sus amigos los lápices de colores.

¡Mira otra...! -¿y tú quién eres para opinar sobre mí? Cosa plana, blandengue y fea.

¿Sí?. Pues ahora verás quien es esta cosa plana, blandengue y fea.

Y así, de una sola pasada, borró los trazos que el arrogante y creído lapicero había hecho.

En ese momento, el lapicero envuelto en un arranque de rabia, empezó como loco a hacer trazos, círculos, letras y números sobre la sufrida libreta. Pero la goma lo borró todo. El lapicero hacía más trazos y círculos, y la goma, seguía borrando, y el lapicero, seguía trazando. Y borrando la goma y trazando el lapicero, hasta que este se quedó sin su robusta punta..



Al día siguiente, en la hora de clase, todos los niños se divertían pintando preciosos dibujos.

Soles... mares...árboles.. vestidos de muñecos... hasta hogueras con fuego. Pero nadie cogió al lapicero, porque no tenía punta y no podían dibujar con él, así que lo sustituían por el color negro.

Por la tarde, cuando Catalina la maestra volvió a bajar las persianas y cerrar la puerta, los lápices de colores entendieron que la clase había terminado y que estaban solos. Entonces volvieron a salir del bote en el cual los niños los habían recogido. Salían, para comentar los divertidos dibujos que los niños habían pintado con ellos, y para volver a repasar sus puntas.

Todos, todos estaban muy contentos y felices...Bueno todos menos el lapicero.

No habían oído su gruñona voz, ni siquiera había salido del bote. Cuando cayeron en ello, los colores se asomaron al bote, y allí estaba el lapicero, en un rincón, muy triste y sollozando.

El bueno del color azul, fue el primero que se atrevió a preguntarle.

-¿qué te pasa, lapicero?

-Nada, que ya no sirvo, los niños no han querido dibujar ni escribir nada conmigo. Ni siquiera me

han mirado y el que lo hacía, al verme con esta punta, me volvía a dejar rápidamente.

Todos se quedaron pensativos y un poco tristes al ver y oír al lapicero tan decaído. Él, que siempre había sido tan orgulloso y despreciador con todos sus compañeros

¿Por qué, no me dejas que te ayude?. Le dijo en tono animado la señora sacapuntas.

No, no, no sé...Es que...

Venga... déjate ayudar, no seas testarudo, todos necesitamos de alguien alguna vez en la vida.

Bueno... vale, dijo el lapicero no muy convencido.

Prometo sacarte la punta muy despacito y te encontrarás como nuevo, los niños querrán volver a utilizarte.

Y yo, te prometo no volver a borrar, a no ser que te equivoques. Bromeó la goma de borrar.

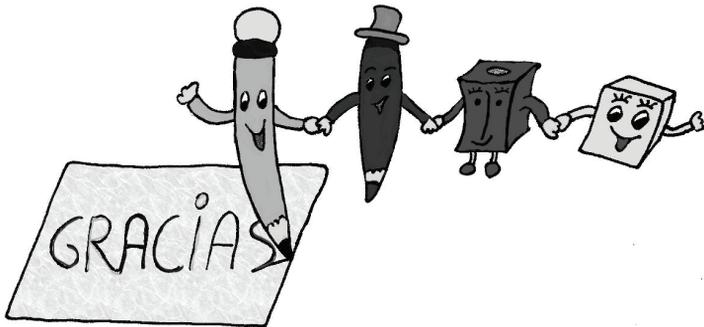
Ja,ja,ja,ja, rieron todos a la vez. Incluso, aunque os parezca mentira, el lapicero.

Cuando la señora sacapuntas había terminado su trabajo, el lapicero se sintió como nuevo. Era el lapicero más feliz del mundo. Dio un salto de alegría y riéndose sin poder parar, se puso como loco a escribir con toda la energía del mundo.

Todos quedaron boquiabiertos y emocionados, cuando pudieron leer con toda claridad, lo que el lapicero había escrito.

Había escrito, una palabra tan bonita, como es:

¡GRACIAS!



y colorín colorado este cuento se ha acabado y
vuélvelo a leer si te ha gustado.

FIN

El misterioso caso del tiempo perdido.

Susan Sutherland de la Cruz

¡Tolón! ¡Tolón! ¡Tolón!

Bruno brinca asustado al oír las campanadas de la iglesia.

Mira el reloj de cuco de la pared y se le ponen los ojos como platos.

“¡¡¡Es imposible!!!” Comprueba aturdido todos los relojes de la casa. “¡¡¡Ay ay ay!!!” ¡A todos les faltan tres horas!

Las busca detrás de la puerta, bajo el sofá, en la biblioteca...

No hay ni rastro... Igual se han escapado.



Bruno sale a la calle a ver si las encuentra. Otea el horizonte. Hacia la derecha... hacia la

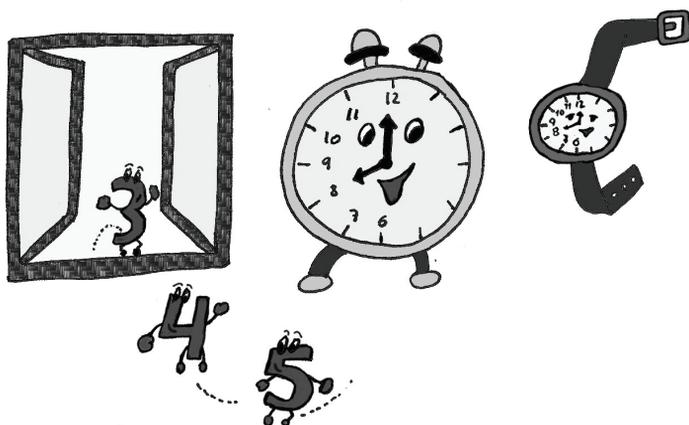
izquierda...Escudriña el suelo...Nada. No se las ve por ninguna parte. Vuelve dentro de la casa a mirar de nuevo los relojes. “¡¡¡Ay, ay, ay!!!” De pronto se da cuenta de que buscando sus tres horas, ha perdido una cuarta. Se empieza a desesperar. ¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿Qué va a hacer sin cuatro horas en su día???????

Corre a buscar al comisario Pepón y le explica, muy nervioso, lo que ha pasado. El comisario, toma nota de todo en su libretita negra. En una investigación, no hay que olvidar ni el más mínimo detalle. Mientras escribe lo que Bruno le cuenta, el comisario Pepón mueve la cabeza perplejo ... ¡Qué cosas más raras le pasan a este niño! Desde luego el caso es de lo más peculiar. ¡No hay tiempo que perder! Coge su mochila y sale pitando con Bruno en busca de las horas desaparecidas.

Ya en casa de Bruno, saca su lupa y estudia los relojes detenidamente. Es verdad que les faltan cuatro horas. En su lugar hay un vacío negro que avanza.

-“Mmmmmmmmmmmmmmm. Sorprendente. Un caso claro de fuga de tiempo. ¿Pero dónde puede haberse escondido?”

Toma huellas, hace preguntas a todo el que encuentra... Nadie sabe nada; nadie ha visto nada. Las horas son sigilosas, como los gatos y andan sin hacer ruido.



“¡¡¡Ay, ay, ay.!!!” Bruno grita mientras mira con espanto los relojes. ¡Otra hora más se le ha fugado! ¡¡¡Ya van cinco!!! Rápidamente, el comisario se pone manos a la obra. ¡Por fin ha encontrado un rastro! Algunos segundos perezosos se han quedado atrás. Saca de su

enorme mochila un cazamariposas, corre tras ellos y los va atrapando. Luego los mete en una cajita de cristal, escribe algo en su libreta y sigue buscando, mientras se dirige con Bruno hacia la puesta del sol.

Bruno no cabe en sí de felicidad. Su tiempo va apareciendo. Coge la cajita y observa los minutos prisioneros. Son muy extraños... Como nubecillas mutantes. Se juntan, se separan, se alargan, se encogen... y todos tienen su cara.

Caminando, caminando, se han alejado mucho de la ciudad. El Comisario Pepón ha atrapado casi todos los minutos de Bruno. Faltan algunos que vuelan escurridizos y no se dejan coger. ¿Por qué corren tanto? ¿Y a dónde van?

El Comisario Pepón está fatigado. Se detiene sobre una colina, se enjuga el sudor con su enorme pañuelo de cuadros y cuando mira a lo lejos, justo donde los rayos del sol derriten el horizonte, se asusta. Entonces, abre mucho los ojos y la boca y se lleva las manos a la cabeza y chillá: ¡Cáspita! ¡Cáspita! Y señala nervioso,

mostrándole a Bruno un enorme y vertiginoso remolino de tiempo perdido, que sube y baja y se alarga y se hace una bola...

Pero Bruno no puede mirar tan lejos. Sus minutos cautivos se han vuelto locos. A través del cristal, Bruno los observa perplejo. Giran frenéticos y suben y bajan y se alargan y se encogen. Quieren salir y tiran con tanta fuerza de la caja, que terminan por levantar a Bruno del suelo, arrastrándole hacia el remolino.

El Comisario Pepón le atrapa, agarrándole por las piernas, pero la fuerza del tiempo perdido es tan grande, que consigue arrastrarlos a los dos, haciéndoles volar por el valle como si fueran una cometa.

-“¡¡¡Suelta la caja, Bruno!!!

-“¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡Ni hablar!!!!!!!!!!”

-Nos vamos a estrellar contra el remolino.
¡¡¡Suelta la caja!!!

Bruno se resiste, pero por fin la suelta y caen los dos en el río, mientras las horas se escapan zumbando hacia el ciclón y se estiiiiiiiran se estiiiiiiiran, fundiéndose con las miles de millones de horas perdidas del mundo, que forman el torbellino.

Mientras el sol se esconde en el horizonte, las nubecillas de tiempo cambian lentamente de forma y las caras de los dueños de todos los minutos perdidos, se desdibujan. Al cabo de un rato, el remolino furioso se va deshaciendo y misteriosamente, desaparece. Es de noche.

Bruno y el Comisario Pepón, completamente mojados, cabizbajos y desolados, regresan al pueblo.

El comisario Pepón se pone enseguida a redactar el larguíiiiiiiiiiiiiiiiiisimo informe sobre el misterioso caso del tiempo perdido.

Bruno se va a casa. Está muy triste. Siguiendo a sus horas ha desperdiciado todo el día.

Se pone el pijama y se acuesta, meditando sobre todo lo que ha pasado.

No consigue dormir. En la oscuridad, observa angustiado su despertador vacío. En la negra esfera no queda ni una sola hora.

Tolón, tolón, tolón... Las campanas de la iglesia anuncian la medianoche.

Bruno acecha con los ojos entrecerrados. Su corazón late muy deprisa. ¿Y si ya no tuviera más tiempo? Pero cuando suena la última de las campanadas, las manecillas de los relojes de toda la casa empiezan a moverse de nuevo: Tic tac... Tic tac... y entonces, poco a poco, van apareciendo los segundos, los minutos y las horas. Las cuenta... ¡¡¡Están todas!!!

Bruno brinca como loco sobre la cama y ríe y llora y vuelve a saltar. Tiene veinticuatro horas nuevas, toditas para él.

Ha sido un día rarísimo. Bruno está muy cansado. Se arropa y piensa en el remolino y en los minutos

con forma de nube y en el comisario Pepón corriendo como un poseso detrás de sus horas locas y poco a poco, arrullado por el sonido del tiempo, se va quedando dormido. Tic, tac, tic, tac.

FIN

El pájaro bobo

Eunate Martí Carrera

Nadie puede explicarse cómo el huevo llegó hasta allí.

Pero, un buen día, las aves de Costa Rica vieron cómo, arrastrado por las olas, llegaba a sus playas un huevo diferente a lo que habían visto nunca.

Bajo la atenta mirada de todas sus compañeras, Frida, la Yigüirro madre, lo miró y remiró. Lo analizó y lo estudió. Lo olió. Lo rozó.

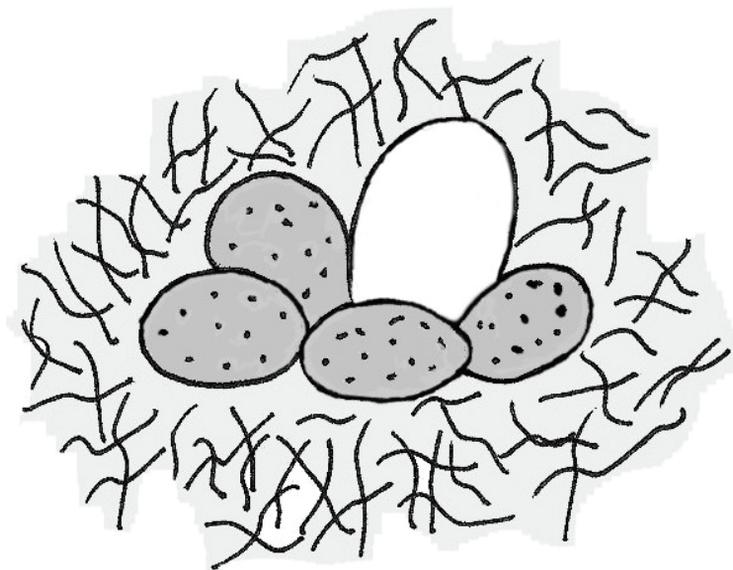
Y negó con la cabeza.

-No, no. Este huevo no es de por aquí. Nunca he visto un huevo parecido.

-Deberíamos devolverlo al mar- opinó un ave amiga.

Frida, de nuevo, negó con la cabeza.

-Nada de eso. Cuidaremos de él y del ave que crezca.



Días después, las aves volvieron a reunirse para observar cómo el cascarón del gran huevo blanco se resquebrajaba.

Y cómo un pico pequeño y puntiagudo se asomaba hambriento. Un animal feo y plumón, de color gris salió del huevo que habían estado observando.

Bajo la atenta mirada de todas sus compañeras, Frida lo miró y remiró. Lo analizó y lo estudió. Lo olió. Lo rozó.

Y negó con la cabeza.

-No, no. Este ave no es de por aquí. Nunca he visto un bicho parecido.

-Deberíamos abandonarlo- dijo un ave amiga.

Frida, de nuevo, negó con la cabeza.

-Nada de eso. Cuidaremos de él.

Y el bicho gris y plumón se convirtió en un ave bonita, blanca y negra, de patas y aletas cortas, que nadaba en las aguas de Costa Rica con gran soltura.

Pero Frida estaba preocupada.

A pesar de todos sus esfuerzos, el pequeño extraño no conseguía volar.

Y el resto de aves se reían de él:

-Vaya pájaro más bobo.-le señalaban mientras hacían piruetas en el aire.

Frida lo miró y remiró. Lo analizó y lo estudió. Lo olió. Lo rozó.

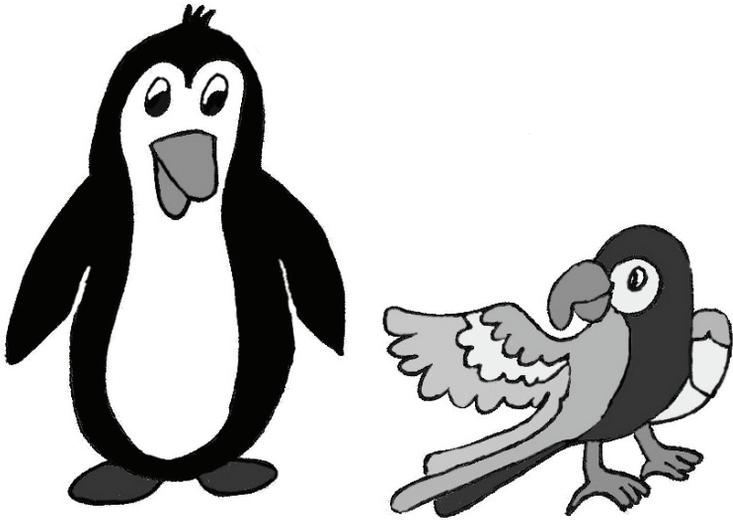
Y negó con la cabeza.

-Con esas alas tan cortas, con esa tripa tan gorda, nunca volarás.

-Deberíamos dejarla marchar.- insistió un ave amiga.

Y esta vez, Frida asintió.

-Pequeño Pájaro Bobo. Este no es tu sitio– le dijo Frida preparándole una bolsa con pescado crudo y su cepillo de pico.- En Costa Rica hace demasiado calor para ti. Tu plumaje no es vistoso como el nuestro. Y no sabes nadar. Aquí eres raro y nunca te aceptarán. Seguro que existe un lugar donde haya otros como tú. Es el momento de marchar. Busca a los tuyos y serás feliz.



Y así fue como el pequeño Pájaro Bobo se metió en el mar y nadó y nadó y nadó durante días, semanas y meses.

Hasta llegar a una preciosa playa de agua cristalina, rodeada de palmeras y miles de pájaros de colores.

-¿Dónde estoy?.- preguntó a Bruno, el tinamú que descansaba plácidamente a la sombra de un cocotero.

Bajo la atenta mirada de todos sus compañeros, Bruno lo miró y remiró. Lo analizó y lo estudió. Lo olió. Lo rozó.

Y negó con la cabeza.

-Vaya pájaro más bobo. No sabe ni dónde está.

-Estoy buscando mi sitio y a los que son como yo.

-Pues esto es Brasil. Y aunque haya mucha comida aquí, es un sitio bonito y nos guste mucho la fiesta, creo que este no es tu sitio. Yo nunca he visto un pájaro como tú.

Y así fue como el Pájaro Bobo volvió al mar.

Y nadó, y nadó y nadó. Durante días, semanas y meses.

Agotado de tanto esfuerzo, estaba a punto de tirar la toalla y se sentó a descansar sobre una roca.

-Soy un pájaro bobo- Se dijo. -No sé volar. Sólo sé nadar y nadar. Y todo el mundo me mira mal.

-¿Por qué dices eso?

El Pájaro Bobo se asustó.- ¿Quién ha hablado?.

La roca bajo él comenzó a moverse.

-Yo. Y me estás aplastando.- contestó la ballena Gertru.

-Nunca he visto un animal tan grande como tú.-
Le dijo el Pájaro Bobo.

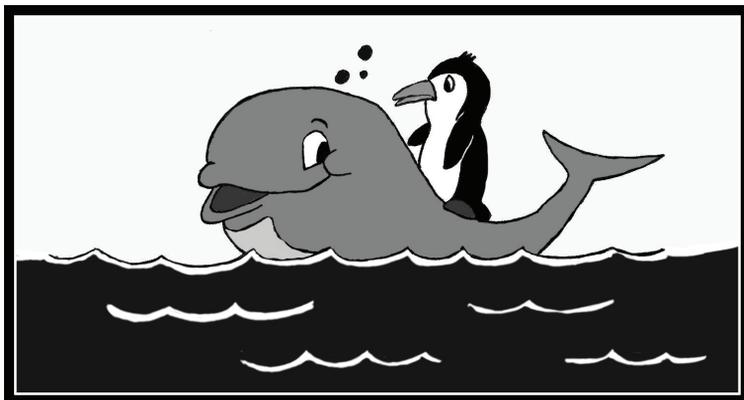
Pero, curiosamente, Gertru no lo miró y remiró.
No lo analizó ni lo estudió. No lo olió. Ni siquiera lo rozó.

-¿Por qué no me miras?- preguntó el Pájaro Bobo sorprendido.

-¿Y por qué debía de hacerlo?- Contestó Gertru.-
Si todos los pingüinos sois iguales.

El Pájaro Bobo no podía creerse lo que estaba oyendo. ¿Un pingüino?, ¿somos todos iguales?, ¿los pingüinos somos todos iguales?, ¿y dónde estaban esos pingüinos iguales?.

Gertru sonrió. Y subido al lomo de su nueva amiga se dejó llevar hasta la playa.



-¿Dónde estamos?- le preguntó.

-Esto se llama Punta Tombo. Estamos en Argentina.

El Pájaro Bobo se frotó los ojos varias veces antes de creerse lo que estaba viendo.

Había miles y miles de pájaros como él: blanco y negros, barrigones, de aletas y patas cortas. Y

ninguno volaba. Eran pingüinos. Muchos, muchos pingüinos.

-¿Tú eres nuevo por aquí?- una preciosa pingüinita le observaba. Lo miró y remiró. Lo analizó y lo estudió. Lo olió. Y lo rozó.

Pero esta vez, al Pájaro Bobo no le importó. Es más, le gustó. Y él también la miró y remiró, la olió y, después, la rozó.

FIN

El paraguas de colores

José Ángel Tarrío Buceta

Cuenta la leyenda del pequeño pueblo de Iris, que en aquel lugar nunca dejaba de llover. Sus casas eran grises y tristes. Cuando uno se levantaba por la mañana y miraba a través de la ventana de su habitación, lo primero que veía eran las gotas de la lluvia sobre el cristal. El camino del colegio estaba lleno de charcos de agua, que al juntarse con la tierra, se convertía en un auténtico barrizal, donde todos los niños les encantaba ensuciarse jugando a ver quién era el que más salpicaba a sus amigos. Sus ríos eran conocidos como los más grandes de tanta agua que llevaban. Y su cielo siempre estaba cubierto por enormes nubes grises.



Sin embargo, a pesar de que la lluvia tenía muchas cosas divertidas y buenas para la vida de los habitantes de Iris, a los niños no les gustaba tener que llevar siempre con ellos un paraguas. ¡Y por encima de color negro! Estaban aburridos de los paraguas negros y no sabían cómo podían solucionarlo.

Jorge era uno de los niños más inquietos de todo Iris. Siempre estaba pensando en la manera de

divertirse. De hecho, se cree que fue él quien inventó los globos de agua. Pero al igual que sus amigos, odiaba los paraguas negros. Siempre llevando uno a cada sitio al que tuviesen que ir. Jorge decidió terminar con aquella situación, y pensó que lo mejor sería juntar a todos los niños de Iris para dar con una solución. No tardó mucho en juntarlos.

Jorge les explicó a sus amigos que estaba cansado de ver siempre el cielo lleno de nubes grises y tener que llevar siempre el odiado paraguas negro. Los niños enseguida decidieron que había que hacer algo. Hugo dijo que podían irse a otro lugar a vivir, donde no hubiese nubes grises de las que cayera tanta lluvia, pero enseguida todos le dijeron que no, que aquel lugar donde vivían era muy bonito para dejarlo. Noa dijo que podían quedarse encerrados en casa y no salir nunca, pero todos a la vez le respondieron que no, que ellos querían seguir saliendo a jugar y estar con sus amigos. Lola dijo que otra opción era soplar muy fuerte intentando echar a las nubes grises de su

cielo. Pero les pareció muy difícil a todos los niños.

Miguel, que normalmente no hablaba mucho, les propuso que podrían pintar la lluvia de colores. Todos los niños se quedaron sorprendidos. ¿Cómo que pintar la lluvia? Se preguntaban, ¿qué quieres decir con pintar la lluvia? Miguel les explicó que podían usar muchos botes de pintura, amarillos, verdes, rojos, azules... y lanzarlos al cielo, para que así la lluvia se manchase y llovieran gotas de distintos colores. Los niños quedaron asombrados por aquella idea. Les parecía genial.

Enseguida se pusieron manos a la obra. Buscaron por todas las esquinas y rincones de Iris cualquier bote de pintura, de cualquier color. Hasta cogieron las acuarelas de sus estuches de llevar al colegio. Una vez reunidos todos los botes de colores del pueblo, los juntaron dentro de una gran olla, donde se introdujeron miles y miles de litros de pintura. Nunca se habían juntado tanta cantidad de colores.

Con los pies descalzos, uno a uno los niños de Iris fueron entrando en la gigante olla llena de colores, y empezaron a jugar dentro de ella. De lo bien que se lo estaban pasando empezaron a saltar pequeñas gotas de pintura. Y de forma increíble, cuando tocaban una gota de lluvia, esta cambiaba de color y se convertía en el mismo color de la gota de pintura. Cuando los niños se dieron cuenta, empezaron a saltar y a saltar dentro de la inmensa olla para salpicar todo lo que pudiesen de

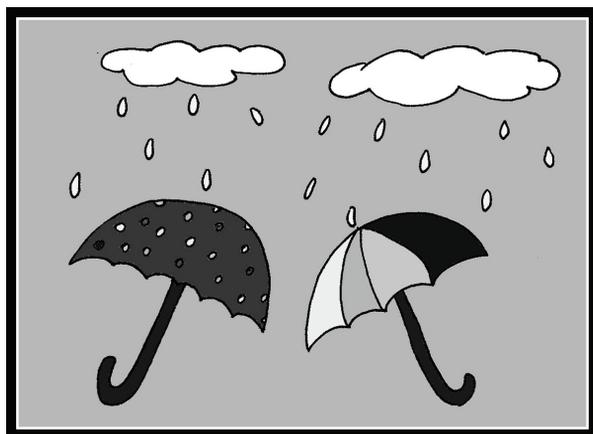


la lluvia. Y lo consiguieron. No todo el cielo, pero sí una buena parte. Para ellos fue muy divertido.

Y lo más sorprendente. Cuando bajaron de jugar de la olla de colores, y fueron a coger sus paraguas odiosamente negros, observaron que ya no eran negros. Aquellas salpicaduras lanzadas a la lluvia, también habían alcanzado a sus paraguas. Y así fue como cada uno tuvo un paraguas de varios colores. El de Hugo era rojo y azul. El de Lola era amarillo y verde. El de Noa, violeta y naranja. Y el de Jorge tenía cada uno de los colores: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil y violeta.

Desde entonces, siempre que llueve en Iris, los niños corren a la inmensa olla llena de pintura y empiezan a salpicar y a salpicar hasta que consiguen que las gotas de la lluvia se empapen con todos los colores. Y nunca más han tenido que llevar un aburrido paraguas negro, porque ahora cada uno tiene su maravilloso y divertidísimo paraguas de colores.

Así que cada vez que vemos un arco iris, podemos saber que muy cerca de allí hay un grupo de niños que se están divirtiendo mientras saltan y salpican la lluvia con sus juegos. Y tú, al igual que los niños de Iris, ¿tienes un paraguas de colores?



FIN

La leyenda de Evaristo Book

Luis Marciel

Evaristo Book tenía la mayor biblioteca de la ciudad; pero no la tenía. Prestaba libros que luego nunca, o casi nunca, le devolvían.

Eso era algo que él no podía soportar. Se decía: “Cuando yo presto un libro, con todo mi cariño, espero que esa persona lo lea, le guste y, tercer punto, me lo devuelva”.

Pero esto, como digo, no ocurría casi nunca. La mayoría de las veces se lo tenía que pedir al receptor:

- Perdona -le decía- te presté el libro “La ciudad de los ángeles” hace dos meses... ¿lo has leído?

- ¡Uf! -decía el otro-, todavía no. Estoy en ello. No he tenido tiempo... pero te lo devolveré, Evaristo, no te preocupes.

Pasado un mes, Evaristo preguntaba de nuevo:

- Hola Enrique, ¿has leído el libro?

- Evaristo -dijo Enrique-, eres un pesado. Ya te he dicho que te lo devolveré cuando lo lea. Voy por la página 10.

Y Evaristo, enojado y aturdido, callaba. Y no le volvía a pedir más aquel libro.

Algunos le decían que todavía no habían leído el libro, otros que lo habían perdido o no sabían dónde estaba, y el resto que se lo habían dejado a otro amigo y que se lo pediría.

Pero Evaristo seguía prestando libros, porque algunos los leían, y esto era para él un pedazo de amor que podía compartir con los demás.

Pero había un libro, su favorito, que nunca prestaba. Sus amigos se lo pedían muy a menudo;

él se negaba. Era un ejemplar único. Un libro escrito por su madre que nunca había salido de su casa. Tampoco quería publicarlo. Su madre falleció dejándole ese libro en sus manos. Cada día Evaristo leía un capítulo del mismo. Lo había leído muchas veces, pero seguía y seguía leyéndolo, porque en cada lectura aprendía algo nuevo de su sabia madre. El libro se titulaba “Amor”.



- ¿De qué trata? -le preguntaban los amigos.

- De amor.

- ¿Pero es una novela? ¿un poema? ¿una biografía?

- Es todo a la vez. Cuando tengo el espíritu aventurero veo una novela, cuando estoy romántico un poema, y cuando me acuerdo de mi madre es una biografía.

La fama del libro de Evaristo se extendió por toda la ciudad. Todos querían leerlo. Las editoriales se disputaban poder publicarlo, pero Evaristo se negaba una y otra vez.

Se propagó tanto la fama del libro que llegó a los oídos del propio rey. Éste le llamó a la Corte.

- Evaristo -dijo el rey-, he oído que tienes un libro escrito por tu madre que no prestas a nadie, que te niegas a editarlo, y que, según me dicen, es el libro de mayor sabiduría nunca escrito, pues trata del AMOR en mayúsculas.

- Así es -dijo Evaristo.

- Pero a tu rey no te puedes negar. Te ordeno que mañana mismo, a primera hora, me traigas ese libro y me lo leas sólo a mí.

- Pero majestad, eso es imposible.

- Te lo ordeno, ¡y a callar! -replicó el rey.

Al día siguiente Evaristo iba con el libro a la Corte. El rey estaba impaciente porque le leyeran aquel libro que tenía tanta fama...

- Vamos, Evaristo, empieza a leer -dijo el rey.

Evaristo leyó el título “Amor”, y pasó la primera hoja. Tras unos segundos de espera el rey observó que Evaristo no empezaba.

- Vamos Evaristo, no tengo todo el día, -dijo el rey.

Evaristo continuó mirando la página, sin leer.

-¡Vamos Evaristo! -se levantó el rey increpándole.
¡Lee!

Evaristo le miró con ojos llorosos y tiernos, y pasó la segunda hoja.

-¡Evaristo! -gritó el rey. ¡Lee ya! ¡Si no lo haces ordenaré que te maten!

Evaristo, sin decir nada, pasó su mirada a la tercera hoja.

-¿Por qué no lees, Evaristo? -dijo el rey. ¿Por qué no lees?

-Majestad -dijo Evaristo con voz humilde-, estoy leyendo.

-¿Qué? ¿Te burlas de mí?

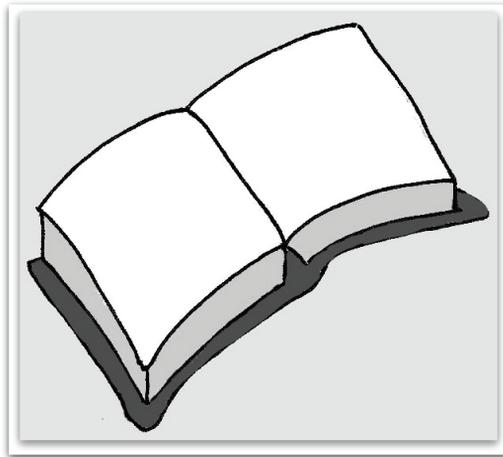
-No, majestad, por favor. Este libro se titula “Amor”, y yo le he mirado con amor.

-¡Pero eso no es leer!

-Majestad, no estoy leyendo con los ojos sino con el corazón.

Se acercó el rey a Evaristo para arrebatarse el libro. Tras hojearle vio que todas las páginas estaban en blanco.

-Pero ¿Qué es esto? ¡No hay nada escrito en este libro! -dijo el rey.



-Este libro, majestad, me lo dio cerrado mi madre en su lecho antes de morir. Me dijo: “He escrito este libro para ti, sólo para ti. Cada día lee un capítulo de él y aprenderás a amar”.

Por esto majestad, cada día leo un capítulo en blanco de este libro que me dio mi madre. Me acuerdo de ella, de algo que me dijo o que hizo, y aprendo de ella. Mi madre era amor hacia mí, por eso yo aprendo amor. Es un libro que no puedo prestar, porque nadie lo entendería. Nadie conoció a mi madre.

El rey comprendió la profundidad y sabiduría de ese libro en blanco. Mandó publicar miles de ejemplares en todo su reino. Dijo a sus conciudadanos que todos los días leyeran un capítulo de ese libro que sólo contenía la palabra “Amor”, y que, cada día se acordaran de algo que las madres de ellos les habían dicho o hecho. Los conciudadanos obedecieron a su rey.

Cuentan que aquel reino vivió siempre en un verdadero AMOR.

FIN

La niña que soñaba ser un hada

María López Soria

Hortensia nació una tarde de primavera. A su madre le gustaban tanto las hortensias que tenía el jardín lleno de ellas, por eso cuando nació su bebé decidió llamarle Hortensia.

Desde que Hortensia era muy pequeña, tenía mucha imaginación, ya que su madre le contaba muchos cuentos de hadas. Por eso, Hortensia quería ser un hada, era su sueño, para poder volar con sus alas mágicas, tener poderes mágicos y no medir más de cinco centímetros para poder

escondese en cualquier rinconcito de su casa. Ese era su mayor deseo.

Un día Hortensia le pregunto a su madre:

- Mamá, ¿las hadas existen? Porque yo no las veo.

La madre le respondió:

- Tú crees en ellas, y existen en tu corazón, si pides un deseo con mucha fuerza, ellas te lo concederán por creer en ellas.

Hortensia se puso a pensar, " las hadas existen de verdad, yo creo en ellas".

Su único deseo era ser algún día un hada.

Pasaron los años y Hortensia ya tenía ocho años, precisamente era su cumpleaños y al soplar las velas, deseo con todas sus fuerzas ser un hada, aunque solo fuese por un día.

Tantas eran las ganas de la niña que su madre se entristecía por si su niña se desilusionaba por no poder cumplir su deseo.

Pero se equivocaba, pues cuando cayó la noche y todos dormían, Hortensia empezó a notar unas cosquillitas en la mejilla y de pronto abrió los ojos como platos.

¡ERA UN HADA!



Estaba allí, sentada en su mesita de noche. El hada le contó que se llamaba Laila, Hortensia no se lo podía creer, ¡ERA REAL!

El hada era pequeñita, sus ojos era tan azules como el mar y su pelo era de un rubio tan intenso, que parecían pequeños rayos de sol. Su vestido estaba lleno de flores diminutas de todos los colores, que fácilmente se podrían camuflar entre las plantas. Sus alas eran transparentes con un brillo especial.

Hortensia se frotaba los ojos creyendo que solo era un sueño, y el hada le dijo:

-No es un sueño, tú crees en nosotras, ¿verdad?.

Hortensia no se lo podía creer, solo afirmaba con la cabeza, se quedó atónita por unos segundos porque se dio cuenta, que sí existían las hadas de verdad.

El hada sacó de un bolsito unos polvitos con la mano y sopló sobre la cabeza de Hortensia, de

repente empezó hacerse tan pequeña como Laila. Su pijama se convertiría en un vestido blanco, que parecía que llevaba pequeños copos de nieve, notó algo extraño en su espalda. Eran unas alas preciosas que le sirvieron para volar por toda la habitación.

Entonces Laila le cogió de la mano y le dijo:

-Te he concedido tu deseo porque sabemos que tú tienes el alma de un hada, pero solo será por esta noche.

La llevó al bosque y le enseñó los maravillosos secretos que esconde el bosque que los humanos no notamos, como por ejemplo, que las hojas de los árboles son pequeños deseos que pedimos y cuando llega el otoño y esas hojas caen , para dejar paso al invierno , en ese tiempo, si tenemos esperanza, estos deseos se cumplirán .

Pero también, no pararon de reír contándose historias y anécdotas que le habían sucedido, como dos buenas amigas, que llevaban mucho tiempo sin verse.



Volaron tan alto que casi podían tocar la luna, podía ver su casa desde las nubes, fueron unas horas inolvidables.

Cuando pasó la noche y ya se veían los primeros rayos de sol, Hortensia tuvo que volver a su casa.

Pero no se habían despedido y ya se echaban de menos estas nuevas amigas. Entonces decidieron que cada cumpleaños, Laila vendría a visitarla y la convertiría en hada de nuevo, solo una vez al año, sería hada por unas horas, porque sabía que Hortensia tenía el alma de hada, porque veía que sus ojos desprendían luces de colores.

Pero le hicieron prometer una única y muy importante condición que tenía que mantener el secreto.

Desde aquel día Hortensia, cuida más de los árboles, miraba como nacían las hojas y cuidaba de ellos para que sus hojas no se rompiesen, para que todos los deseos que llevaban se cumpliesen. Y esperaba que pronto llegase la primavera de nuevo y claro su cumpleaños, para volver a ser

una pequeña hada y volver a repetir por unas horas una experiencia mágica con su amiga Laila.

¿Tú crees en las hadas?

Yo desde luego que sí.

Pero por si acaso, guardaré el secreto.

FIN

Sueños de mi niñez

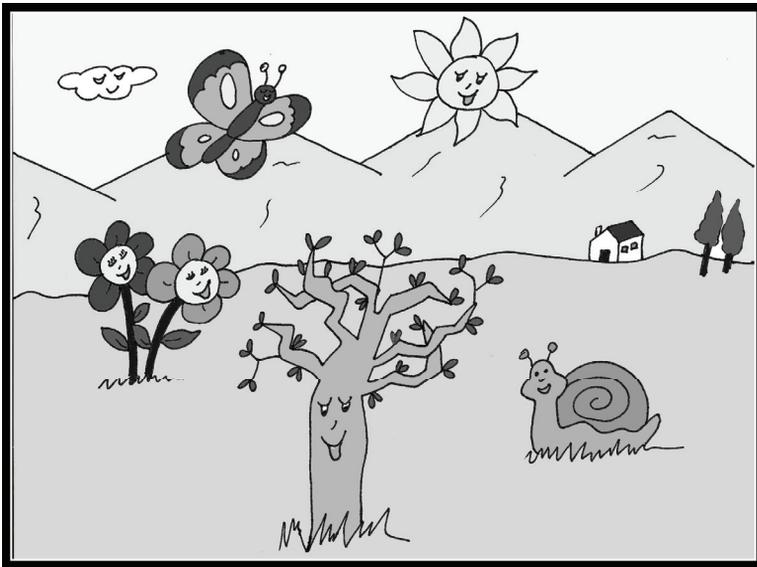
Beyrut Clarena Jiménez Poloche

Érase una vez, una jovencita soñadora que le gustaba disfrutar de las cosas lindas que tiene la vida. Su nombre es Karenito, risueña como ninguna, pero había algo en ella que la hacía soñar despierta y siempre decía “Soñar no cuesta nada”, eso es lo que dicen los mayores.

Un día como cualquiera, soñó que en su mundo de fantasía, sus sueños se hacían realidad. Y fue a través de un cuento que invitó a todos sus amigos a conocerlo.

-Amigos, quiero que escuchen con atención y entren en mi pequeño mundo.

Este se llama “Felicidad”, aquí llegas y hasta las flores sonrían al verte. Todos los niños y niñas hablamos un solo idioma. Aquí no hay armas, no hay llanto, no hay dolor, no hay raza ni nacionalidad porque todos somos iguales.



Mis padres y los padres de mis amigos nos protegen como el primer día que llegamos a sus vidas.

En mi mundo, los niños y niñas no saben qué es pasar hambre, frío o calor. El calor que sienten, es el que sus padres les brindan a cada instante con sus abrazos de protección.

En el mundo de la felicidad, profesores y alumnos, hablan un solo idioma que es el mejor, el idioma del amor.

De este sueño no quiero nunca despertar, quisiera seguir soñando y no vivir la realidad. Una realidad que hace daño.

Me gustaría tener una varita mágica para cambiar los corazones y mentes de muchas personas, para que amen y piensen como niños.

Al decir Karenito estas últimas palabras. Como por arte de magia apareció en la mano de cada amiguito una varita mágica y todos asombrados por lo sucedido querían hacer muchas cosas con ella. Y Karenito pregunto.

-¿Andrés, qué harías tú con la varita mágica?

-Yo regalaría a cada amiguito un valor.

-¡Qué interesante! Y ¿Qué valor regalaría?



-Uno de los valores que regalaría es el de la Humildad. Ya que una persona humilde escucha y acepta a los demás.

Al escuchar esto tan lindo que dijo Andrés, los demás niños empezaron a entusiasmarse y a querer regalar muchos valores como el de la paz, ya que practicando este valor nos enseña a sonreír aún en las dificultades.

Y el valor de la sinceridad, porque siendo sinceros aseguramos amistades.

Uno y otro valor se fueron concediendo con la varita mágica a todos los niños que escuchaban el cuento de Karenito.

Ahora yo pregunto ¿Qué harías tú amigo lector, si tuvieras en tus manos una varita mágica? ¿Tratarías de hacer realidad tus sueños?

En este momento, solo me gustaría decir que no deberíamos esperar que por arte de magia la vida y las cosas cambien. Tenemos que empezar por cambiar nosotros mismos. Si cada uno se alegra

de las cosas buenas que nos pasan y, sobre todo, las que le pasan a los demás, ya estamos aportando felicidad a nuestras vidas y no necesitamos seguir soñando e inventarnos mundos de fantasías.

De cada persona depende que nuestros sueños se hagan realidad, que siempre se respeten los derechos de los niños y que se practiquen los valores. Esto no es inalcanzable.

Todos debemos ser parte del sueño de una jovencita que veía el mundo con ojos de niña.

Nunca dejemos de soñar porque la fantasía supera la realidad.

FIN

